que corre aquí á tu vista sea un rocío que las haga reproducirse en tu pecho! Adios.

Y la vírgen, dichas estas palabras, habiendo llegado al lugar del suplicio, inclinó su hermosa y dulce cabeza bajo el hacha que la hizo caer, y espiró.

Un dia en que Teófilo, rodeado de alegres y bulliciosos amigos, se divertia en recordar estas cosas, sucedió que un niño de modesto porte, hermoso como un ángel, se halló de repente junto á él, sin que supiese cómo habia entrado en el sitio donde estaban reunidos. Llevaba, y dejó en sus manos, un canastillo todo lleno de rosas purpurinas, cuya fragancia se esparció en torno, y le dijo:

—Dorotea la santa te envia estas flores, y quiere que te diga en su nombre, ¡oh Teófilo! que es preciso que el olor de tus virtudes suba hoy hácia Dios como el perfume de estas rosas.

Y el niño desapareció como habia llegado, sin dejar mas señales de su paso que aquellas admirables flores.

Atónito quedó Teófilo contemplándolas. Pasaba esto en invierno, y la estacion era tan cruda, que, cosa singular en aquel hermoso clima, la campiña estaba cubierta de nieve como de una blanca é inmensa mortaja, y luego aquellas flores maravillosas tenian una hermosura particular, y su suave y embalsamado perfume no halagaba solamente el olfato, antes bien penetraba en el alma y derramaba en ella una paz y una fuerza divina. Poco á poco sintió Teófilo irse desvaneciendo en su pecho las malas pasiones, á las que sucedió el amor á lo bello y á lo bueno: su corazon se regeneraba, en fin, y Teófilo pasmado exclamó:

—Yo tambien quiero ser cristiano, quiero morir como ella, para ir á contemplar al Dios de todo amor, de toda gloria y de toda bondad.

Y aquel hombre tan poseido de ódio contra los cristianos, fué á pedir el martirio y murió glorificando al Dios de Dorotea!

CAPITULO XII.

Persecucion en Occidente.—Martirio de Sabino y sus compañeros.—Persecucion en Africa.—Pesquisa contra los libros sagrados.—Martirio de San Félix, obispo de Tibiure.—Martirio de Saturnino Dativo y sus compañeros.—Martirio de Santa Crispina.—De Santa Marciana.—Mensurio, obispo de Cartago.—Apología de Arnobe.—Persecucion en España.—Martirio de San Vicente de Huesca.—Mártires innumerables en Zaragoza.—Mártires en Gerona.—En Calahorra.—En Barcelona.—Martirio de Santa Eulalia en Mérida.—San Justo y Pastor en Alcalá.—Mártires en Córdoba.—Mártires en Avila.—En Sevilla.—Crueldad de la persecucion en toda España.—Monumentos que lo atestiguan.

La persecucion continuaba con la mayor fuerza. Diocleciano y Maximiano Hércules sueltan todos los diques á su furor; y la tierra entera queda oprimida desde el Oriente al Occidente!

El 14 de Abril de aquel año tan funesto á los cristianos, el 303, celebrando Maximiano en Roma los juegos en el gran Circo, el pueblo gritó: ¡mueran los cristianos! protege nuestros placeres! cuyos gritos se repitieron por doce veces consecutivas.

Maximiano el dia 19 ordena una grande reunion del pueblo en el Capitolio, y manda que por todas partes sean buscados los cristianos, arrestados por el prefecto de Roma y sus oficiales, y obligados á sacrificar. El prefecto de Roma, Hermogeniano, buscó con el mayor celo á los cristianos, no solo en Roma, sino en las provincias, escribiendo á Venustiano, gobernador de Toscana, para que condenase á muerte y confiscase los bienes de cuantos cristianos rehusasen sacrificar á los dioses.

El obispo Sabino es arrestado en Assis, y puesto en prision con dos diáconos, Marcelo y Esuperencio. El gobernador los hace comparecer á su presencia; y al ver su esterior humilde y pobre, le pregunta á Sabino si es libre ó esclavo. Esclavo soy de Jesucristo, le responde; él me ha lerber-

tado de la esclavitud del demonio. Pregúntale Venustiano, "¿qué cargo ejerce entre los cristianos y quiénes son aquellos que le acompañan?" "Llevo el nombre de obispo, responde Sabino, y estos son mis diáconos." Intimado por el gobernador que sacrifique á los dioses, pide el generoso confesor de Cristo, para demostrar al gobernador lo que vale el culto de los demonios, que traigan á su presencia un ídolo. Los esclavos del gobernador traen con gran reverencia y con hachas encendidas un Júpiter de coral de esquisito trabajo, cuyas vestiduras son de oro. Sabino demanda el permiso de tocar al ídolo; lo coge entre sus manos, alza los ojos al cielo; hace un momento de oracion y lo arroja sobre el suelo haciéndose mil pedazos. El gobernador le manda inmediatamente cortar las manos; recoge los pedazos de su ídolo en una caja de plata, y manda que estiendan sobre el ecúleo en presencia del obispo, á los diáconos, quienes espiran en medio de la tortura, siendo en seguida sus cuerpos arrojados al rio. Un sacerdote y un pescador recogieron los cuerpos de los dos santos mártires, y los sepultaron cerca del camino público.

El obispo Sabino, tan horrorosamente mutilado como hemos visto, es conducido á la prision. Una señora de Spoletto, viuda hacia treinta años, cuya vida se pasaba en la oracion y en las buenas obras, viene á Assis; visita al santo obispo, abraza y besa sus piés; recoge sus cortadas manos y las guarda cuidadosamente embalsamadas en un vaso de cristal.

Tenia un niño llamado Prisciano, objeto único de sus afecciones, ciego, y á quien los médicos habian desahuciado. Preséntase al santo obispo, que tocándole con sus mutilados brazos, le dice: "Abra tus ojos aquel que abrió el mar é hizo pasar á Israel en medio de sus ondas, introduzca su luz en tus ojos, á fin de que las naciones conozcan que es el Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y que él es el que abrió los ojos al ciego de nacimiento." Prisciano abre los ojos en presencia de todos los que se hallaban en la prision, que se arrojan á los piés de Sabino, le piden el bautismo, y aquel mismo dia el santo obispo, en número de once, los lava á todos con las aguas de la regeneracion.

El milagro del ciego no permaneció oculto. Apenas ha trascurrido un mes, cuando el gobernador de Toscana tiene un terrible mal de ojos; pierde el apetito y el sueño, y los médicos no pueden proporcionarle ningun alivio. Dícenle que el obispo Sabino habia curado un ciego, y envia á su muger y á su dos hijos á la prision para que le supliquen que venga á verle.

Sabino se presenta en casa de Venustiano; arrójase éste á las plantas del obispo, que viéndole en tal estado le dice vertiendo lágrimas: "Jesucristo te ilumine, él que volvió la luz al ciego de nacimiento."

—Hemos pecado, respondió Venustiano llorando con su muger y con sus hijos.

—Si creeis de todo vuestro corazon y con arrepentimiento, respondió Sabino, nada se negará á vuestra fe."

Los dolores de Venustiano eran estremos. Demanda el bautismo, que recibe humildemente con su muger y sus hijos, y al mismo tiempo que las aguas de la regeneracion borran sus culpas, abre á la luz sus ojos; de suerte que despues de su bautismo cesaron todos sus dolores. Tenia abrazados los piés de Sabino, y los regaba con sus lágrimas.

El emperador Maximiano supo que Venustiano habia sido bautizado. Inmensa fué su cólera, enviando al tribuno Lucio, que trasladándose á Assis, hizo decapitar á Venustiano con toda su familia, y condujo á Sabino á Spoletto, donde le hizo azotar cruelmente con varas hasta que espiró.

Llegados los edictos de la persecucion á Africa, los tiranos no se muestran allí menos feroces contra la religion cristiana que en Europa. En Cirtha, colonia romana de la Numidia, el primer magistrado Munacio Félix, que al mismo tiempo era sacrificador de los ídolos, se dedica con la mayor actividad, secundado por sus agentes, á la persecucion de los cristianos. Llama á su presencia á Pablo, obispo de la ciudad, y le exige que le entregue las escrituras de la ley; empero el obispo le dice que éstas se hallan en poder de los lectores. Hácelos comparecer á su presencia el gobernador, y les pide las llaves donde se custodiaban los libros y el tesoro de la iglesia, compuesto de dos cálices de oro, seis de plata y algunos vestidos que se guardaban para los pobres. El gobernador Félix, lleno de codicia, deseaba encontrar mas riquezas. Los lectores de Cirtha habian ocultado antes los libros santos, y podido salvarlos de la persecucion.

El obispo de Tibiure, Félix, comparece delante del gobernador Aper, en Cartago, y resiste firmemente entregar los libros sagrados. Conducido á la prision el dia 5 de Junio, es cargado de cadenas; y presentado nuevamente despues de diez y seis dias delante de su tribunal á la hora cuarta de la noche, porque el estremado calor obligaba al gobernador á celebrar los juicios á estas horas; resiste de nuevo los halagos y las amenazas, siendo embarcado en seguida para Roma para ser presentado á los emperadores. Encerrado en el fondo de la cala de un buque, cargado de cadenas, con los piés dentro del agua, es conducido á Venusa en la Apulia, cuyo prefecto le hace quitar las cadenas, y le ruega y le pregunta por qué no ha entregado las escrituras santas si las tiene.

—Las tengo, respondió Félix; pero no las entregaré. Entonces fué sentenciado á perecer por la espada; y alzando los ojos al cielo, tendió su cabeza á la cuchilla del verdugo, alegre por haber conservado el Evangelio y por haber predicado la fe y la piedad.

En Abitinia, ciudad tambien de Africa, en los primeros momentos de la persecucion, los cristianos se reunieron en casa de Octavio Félix el 12 de Febrero del año 304. Un dia en que celebraban las fiestas del domingo, fueron arrestados en número de cuarenta y nueve por el magistrado de la colonia. Allí arrestaron á Saturnino, sacerdote, con sus cuatro hijos, Saturnino el jóven y Félix, lectores, María é Hilariano, niño de corta edad. Arrestaron tambien á Datibo, senador; Félix, Emerito, Amperio, Rodaciano, Quinto, Maximiano, Telica, treinta y dos hombres, y diez y siete mugeres, que alegremente marchaban al lugar donde los conducian, llevando á Datibo á su cabeza; á Datibo, senador sobre la tierra, á quien muy pronto su martirio debia consagrar senador en el cielo; á Saturnino, sacerdote del Señor, á quien rodeaban sus hijos como una santa corona. Llegaron todos al foro, y su confesion admiró á los jueces. En aquel mismo foro, Fundano, en otro tiempo obispo de la ciudad, habia entregado cobardemente al procónsul los libros santos para ser quemados; empero

el cielo habia combatido por su causa; una lluvia espesa mezclada con granizo vino á apagar la hoguera que se levantaba para devorarlos.

Los mártires fueron conducidos á Cartago, donde presentados delante del próconsul Anulino, intentó hacerlos apartar de la fe de Jesucristo, colocando á Saturnino, el sacerdote, sobre el ecúleo, en el cual presenció como desde un trono el tormento de sus hermanos y el de sus propios hijos.

El brazo de los verdugos se cansaba de atormentar á los mártires; y el procónsul, vencido en la lucha, y sorprendido por la noche, no teniendo verdugos bastantes para acabar de atormentar á los cuarenta y nueve defensores de Cristo, suspendió los tormentos, invitando á los que aun quisieran aprovecharse de su clemencia á que se apresurasen á presentarse.—Somos cristianos! fué la contestacion unánime y victoriosa de aquella santa legion cristiana, y el procónsul entonces los hizo encerrar en los calabozos condenándolos á muerte.

No menos valor que los hombres mostraron en la lucha las santas vírgenes. Victoria era una flor de pureza y de juventud; su cuerpo tenia la belleza virginal de su alma. Cuando en la edad de la pubertad sus padres habian ceñido á su pesar su frente con el velo de las esposas, casta paloma, por huir al raptor de su castidad se arrojó por la ventana de la estancia nupcial; empero sostenida por los vientos de la noche, cayó dulcemente en tierra, y huyendo del humo inoportuno de las antorchas nupciales, saliendo inmaculada de la casa del esposo, se refugió para salvar su virginidad al puerto de la Iglesia consagrándose al Señor. Llega al tribunal, ansiosa de verter su sangre por Jesucristo. Preguntada por el procónsul sobre su religion, soy cristiana, respondió; y á pesar de los ruegos de su hermano Fortunaciano, senador, que trata de salvarla alegando su demencia, la mártir de Cristo confiesa una y otra vez su fe, y que habia asistido á las reuniones de la casa de Octavio Félix. Fué conducida con los demas compañeros á la prision, donde murieron la mayor parte de hambre.

Delante del mismo Anulino compareció tambien Cristina, muger de ilustre nacimiento y grande opulencia, que sostuvo con el mayor valor los horrores de la prision y el peso de las cadenas, los sufrimientos y las ignominias que le hace sufrir el cruel procónsul, haciéndola rapar la cabeza, quitarle la piel del cráneo, esponiéndola así á las miradas insolentes de la muchedumbre, y haciéndola por fin cortar la cabeza en Tebesto, en Numidia, el 10 de Diciembre. Máxima, Donatila y Segunda, tres de sus compañeras, la habian precedido en la carrera del martirio.

Marciana, retirada del mundo, se habia consagrado á Jesucristo. Arrestada en Cesarea de Mauritania, conducida delante del tribunal, es apaleada primero y entregada despues por su inicuo juez á la brutalidad de un tropel de gladiadores. El Señor salva milagrosamente su honestidad, y convierte á uno que intentaba violarla. Espuesta á las fieras en el anfiteatro, consuma su martirio!

Mensurio, obispo de Cartago, que habia ocupado aquella silla episcopal despues de Luciano, sucesor inmediato de San Cipriano, usó, para sustraer las escrituras santas del poder de sus activos perseguidores, del inocente artificio de ocultarlas, dejando en su lugar en la basílica cuantos escritos habia podido recoger de los hereges que la Iglesia habia

condenado. Los paganos se apoderaron de ellos, y sin examinarlos los entregaron á las llamas.

Mensurio escribió á Segundo, obispo de Tigisi y primado de Numidia, condenando la temeridad de algunos cristianos que se ofrecian ellos mismos á los perseguidores, prohibiendo que fuesen considerados como mártires, con el objeto de evitar el imprudente ardor con que se consagraban á los suplicios; porque como de todas las cosas del mundo se abusa, algunos lo hacian para ganar dinero, puesto que los cristianos acudian de todas partes á socorrerlos generosa y liberalmente en su prision.

Uno de los diáconos de la iglesia de Cartago, llamado Félix, compuso un libelo difamatorio contra el emperador. Perseguido por ello, buscó un asilo en casa del obispo Mensurio, quien requerido por las autoridades, negó tenerlo en su poder, y lo negó con tal constancia, que primero que entregarlo sufrió ser conducido á Roma á presencia del emperador, donde defendió tan bien su causa, que fué enviado libre á Cartago; pero murió en el camino. El celo de Félix le habia hecho escribir, en lugar de una apología del cristianismo, un libelo contra los emperadores; cosa sumamente rara entre los cristianos, que sumisos y dóciles, siempre eran los mas obedientes súbditos del imperio.

Arnobe, célebre retórico de Numidia, llamado al cristianismo por misteriosos sueños, abandonó los ídolos; y para probar la sinceridad de su conversion á los obispos que dudaban de ella, escribe una apología en que combate fuertemente á la idolatría y combate las calumnias inventadas contra los cristianos; empero poco instruido aún en la nueva fe que habia abrazado, la apología escrita antes de recibir el bautismo se resiente de algunos errores. En esta apología con gran valor decia á los emperadores que no debian derribar las iglesias ni quemar los libros santos, sino mas bien quemar los libros de los poetas licenciosos de los paganos y demoler sus teatros.

En España corre abundantemente tambien la sangre de los mártires, confesando la fe de Jesucristo. Los nombres de estos gloriosos atletas de la religion no se han conservado todos; empero los martirologios muestran suficiente número para probar que en ella se derramó mas sangre que en ninguna otra parte del imperio. El feroz Daciano, su gobernador, despliega un celo admirable y escede en crueldad á los demas ejecutores de los edictos de Diocleciano.

En Zaragoza el obispo Valerio y Vicente, el primero de sus diáconos, natural de Huesca, de una ilustre familia, y cuyo abuelo paterno, Agreso, habia sido cónsul, son arrestados, y cargados de cadenas conducidos á la presencia de Daciano, que se hallaba en Valencia. El obispo Valerio habia instruido por sí mismo al jóven Vicente en las ciencias divinas, y á pesar de su estremada juventud, le habia encargado que predicase la doctrina de Cristo en su lugar, porque él tenia el defecto de espresarse con muchísima dificultad. Valerio y Vicente comparecen ante el tirano.

—Padre mio, si tú lo mandas, dice el diácono al obispo, yo responderé. —Hijo mio, le respondió éste, así como te he confiado la palabra de Dios, te encargo tambien que respondas por los dos, defendiendo la fe que confesamos. Vicente declara que eran cristianos y dispuestos á sufrir toda

clase de tormentos por sostener su fe. El anciano Valerio inspira tanta compasion al mismo tirano, que lo envia á un destierro, y todo su furor lo reserva para Vicente.

—Desgraciado, le dice, ¿osas violar por tus palabras los derechos de nuestros dioses y de nuestros príncipes? toma el incensario, sube á las gradas del altar y sacrifica á los dioses, ó tu muerte será terrible y sangrienta.

Vicente respondió: Emplea contra mí todas tus fuerzas, desplega todo tu terror; mi confesion es esta: yo no creo mas que en un solo Dios y en su Cristo; trata si puedes de arrancarme esta fe.

El juez, furioso, hace poner una mordaza en la boca del mártir, y hace venir verdugos ejercitados en verter sangre de los sentenciados y cuyas manos manejaban hábilmente los instrumentos de la tortura. "Aprenda el insensato, dice Daciano, que el primer deber del pretor es no sufrir que delante de él se atente á la magestad de los dioses, los dioses del Capitolio, los dioses que adoran Roma, el senado y los Césares." En seguida le hizo atar los brazos á la espalda, y levantándole en el aire por medio de una cuerda, lo dejaban caer pausadamente sobre la tierra hasta descoyuntar sus huesos, haciéndolos crugir en la caida, y despues con garfios de hierro despedazaron sus costados, de suerte que al través de sus heridas se veian palpitar sus entrañas.

El atleta de Jesucristo se sonreia en medio del tormento; los verdugos se hallaban sin aliento, sus brazos cubiertos de sangre se caian de cansancio: Daciano hizo azotar á los verdugos creyendo que era falta suya el que el mártir no sufriese mas dolores. Despues hizo tender á éste sobre unas parrillas ardiendo, y arrojar sobre el fuego sal, que chispeando penetraba dentro de su cuerpo.

El levita permanecia siempre con la mayor serenidad confesando á Jesucristo en medio de los tormentos y burlándose del tirano, cuya ira se acrecentaba con la serenidad del mártir. Acostado tranquilamente en su lecho de fuego, levantaba los ojos al cielo, ya que no podian hacerlo sus manos encadenadas. Daciano lo hizo conducir á un negro calabozo, tendiéndole sobre el suelo cubierto de fragmentos de vidrio, atado de piés y manos.

Allí el santo se duerme tranquilamente, y al despertar se encuentra el calabozo inundado de una luz celestial, rotas sus ligaduras, como en otro tiempo un ángel rompió las del príncipe de los apóstoles, cambiando los fragmentos de vidrio en frescas y olorosas flores, oyendo cantar en los aires á los ángeles las alabanzas á Dios. Los carceleros vieron el resplandor, oyeron los himnos de los ángeles, y se convirtieron á la fe, confirmándolos el mártir en ella por sus dircursos.

La noticia de este prodigio llega á oidos del pretor, y su rabia y su cólera no tienen límites. "Que le saquen de su prision, exclama; que le curen sus heridas, y que le cicatricen sus llagas para que pueda servir de nuevo ejercicio á los verdugos." De todos los puntos de la ciudad los fieles acuden á la prision para ver al mártir, para consolarle, para contemplar la huella que los garfios de hierro han dejado en sus miembros, y enjugar con sus labios la sangre de que estaban cubiertos. El tirano manda ponerlo en un lecho mullido; empero el término de sus padecimientos se acercaba: apenas su cuerpo lánguido y quemado se coloca sobre él, cuando su alma sale de su cuerpo.

El procónsul habia sido vencido, y en su rabia impotente quiere llevar su venganza sobre su cadáver. Manda que lo arrojen á las béstias feroces, de miedo que no le sepulten los cristianos y adquieran las reliquias del mártir. Arrójanlo desnudo en el campo, porque la tiranía de Daciano le rehusa hasta un sudario; pero un cuervo defiende contra las demas aves de rapiña su cuerpo, el cuervo sin duda que habia traido á Elías el pan en el desierto!

Vencido el tirano aun en la lucha contra un cadáver, viéndole respetado por la voracidad de los buitres, trata de sumergirle en los insaciables abismos del mar, que no rehusan presa alguna; destina el cuerpo del mártir para juguete de las ondas y de las mareas, y para festin de los monstruos de las aguas. Ordena que el cuerpo del santo, encerrado en un saco con una enorme piedra, sea arrojado al mar. Un soldado, Euformion, es encargado de la ejecucion; pero el poder de Dios, que habia sosegado las ondas irritadas del mar bajo los piés de Cristo, que en el mar Rojo habia abierto un ancho camino de arena para que pasase Israel, manda las tempestades del Mediterráneo que ofrezcan una tranquila tumba á los despojos del mártir. El cuerpo de Vicente, con la piedra sepulcral atada á él, nada á flor de agua como una ligera espuma sobre las ondas. Los marineros asombrados ven vogar el cuerpo del santo con su cubierta de mármol; veinte barcas corren á su encuentro desde la playa; pero el cuerpo llega antes al puerto.

¡Feliz la tierra que recibió estos despojos sagrados, y que le abrió una tumba en su arena recibiendo el nombre que aun hoy conserva de *Cabo* de San Vicente! Al restablecimiento de la paz de la Iglesia, un altar se levantó sobre el rústico sepulcro, y sus santos huesos fueron trasportados bajo su sagrada bóveda!

En la ciudad de Zaragoza hubo tambien otros mártires inmolados al furor de Daciano; diez y ocho descansan en un mismo sepulcro: Octato, Lupercio, Succeso, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Egocio, Primicio, Apodemio y cuatro Saturninos.

La vírgen Encrátida ó Engracia, confiesa tambien generosamente la fe de Jesucristo. Es atormentada cruelmente, destrozado todo su cuerpo, cortado un pecho y arrancada una parte de su hígado. En este estado es encerrada en una prision, y muere por la corrupcion de sus heridas y la cangrena, á los pocos dias.

Eran pocos para el furor de Daciano estos mártires en Zaragoza; le eran precisas hecatombes de ellos, y que un rio de sangre corriese al través de sus calles; diríase que la capital de Aragon era la ciudad natal de los mártires, el punto de partida que habian escogido para ir desde la tierra al cielo! ¡Apenas Roma, la reina del mundo, apenas la populosa Cartago podrá escederla en el número de sus hijos que vertieron su sangre por Jesucristo!

A fin de destruir Daciano con un solo golpe todos los cristianos que encerraba Zaragoza, pareciéndole lento su furor, apela á la traicion. Hace publicar que consiente en dejar con vida y con libertad á los cristianos que quieran, con tal que abandonen la ciudad; aquella ciudad

donde el culto y la fe se hallaban tan arraigados. Apenas salen sus habitantes en numerosas tropas, cuando se ven rodeados por soldados apostados en todas partes, y comienza una matanza y unos asesinatos, que el corazon se estremece al contemplar y que la pluma se resiste á describir. Ni uno solo quedó con vida de los adoradores de Cristo. El tirano ordenó en seguida que los cadáveres fuesen quemados, á fin de que no pudiesen conservarse sus restos.

Muchos martirologios designan esta cruel matanza con el título de los innumerables mártires de Zaragoza. El suelo de esta ciudad quedó empapado de la sangre de los cristianos, y esta sangre produjo nuevos y mas generosos defensores de la fe.

Gerona presenciaba la victoria, en medio de los mas crueles tormentos, de Félix; y Calahorra la de los mártires Emeterio y Celedonio.

En Barcelona San Cucufates, á quien honran bajo diferentes nombres en España y Francia, que habia nacido en la Sciritana, en Africa; para sustraerse á la persecucion pasa á España, y Félix fué su compañero de fuga. Apenas llegado á Barcelana, es arrestado Cucufates; y despues de haber sufrido los mayores tormentos, perece degollado.

En Mérida, capital de la Lusitania, la jóven y noble vírgen Eulalia sufre el martirio cuando apenas cuenta doce años de edad, y sube sonriendo á la hoguera, abrasada por la fe. Su infancia precoz habia hecho augurar su muerte. Jamas habia soñado en el lecho nupcial; jamas se habia mezclado en los pueriles juegos de la infancia; jamas las joyas habian adornado su hermoso brazo, ni el oro de los collares habia ceñido su blanco cuello, ni adornado sus hermosos cabellos; la casta frialdad de la virginidad resplandecia en su rostro; la prudencia de los ancianos brillaba en su frente. Apenas la persecucion desplega su furor, Eulalia siente palpitar su corazon; la fiebre del martirio devora su alma; burla la vigilancia de su madre, que la oculta en el fondo de una casa de campo para libertarla de que sea pasto de las fieras en el anfiteatro. Avida del martirio, Eulalia, una noche cuando todos duermen en su casa, se levanta de su lecho, y huye por senderos escarpados á la ciudad; el ángel del Señor la conducia, y en medio de una noche oscura y sin luna, dirígese derechamente, como iluminada por la columna luminosa que en otro tiempo protegió la fuga nocturna de Israel. Llega á Mérida al amanecer; corre al tribunal; penetra entre la muchedumbre de que se halla rodeado el procónsul, y no le intimidan ni las fasces, ni las hachas, ni la magestad del tribunal.

—Buscais cristianos, le dice; heme aquí; yo desprecio á los ídolos, porque no son nada, y á Maximiano vuestro emperador, porque los adora.

La voz gloriosamente insultante de esta niña, llena de furor al procónsul. En vano intenta primero aplacarla con halagos, amenazándola despues con los tormentos. Se dirige al lictor diciéndole: "Coged esa niña y hacedla conocer cuán terrible es la venganza de los dioses y de los Césares; empero antes de abrazar la muerte, loca doncella, piensa bien en todos los bienes y en todas las felicidades que vas á dejar sobre la tierra; tu familia te tiende los brazos y te llama, llorando sobre la jóven flor que debia fecundar el tronco antiguo de su casa, y que va á

caer estéril bajo el hacha; piensa en las dulces pompas del lecho nupcial y en la vejez aislada de tu abuelo." Al mismo tiempo que esto le decia mandaba presentar á su vista los instrumentos del tormento.

Eulalia entonces no responde sino con un fiero y heróico silencio. Escupe al tirano en la cara, y con el pié derriba un ídolo que se hallaba en el tribunal.

Dos verdugos se apoderan de ella, su talle esbelto y virginal se plega bajo aquellas manos robustas, que destrozan á azotes su cuerpo delicado, contando la mártir tranquilamente los golpes que la ensangrentaban, sin verter una lágrima, sin exhalar un suspiro, mientras que la blancura de sus carnes desaparecia entre arroyos de sangre. Aplicáronle despues antorchas ardientes sobre sus heridas, y el fuego consumió en breve sus hermosos cabellos, con los que cubria el seno por modestia, inclinando su cabeza moribunda.

El cielo se encargó de sus funerales; una gran nevada desciende sobre el cuerpo de la vírgen, cubriéndolo de un sudario sin mancha. En Mérida existe su tumba, y allí reposa en una capilla de mármol blanco; allí vienen de todos los contornos de la tierra á venerar sus santas reliquias y á celebrar su santo aniversario, que fué en el mes de Diciembre.

En Compluto, hoy Alcalá de Henares, dos niños, Justo y Pastor, que iban á la escuela, empero ya preparados para el martirio, cuyo deseo era general en casi todos los españoles, viendo á todos los cristianos asombrados con la llegada á aquella ciudad del gobernador Daciano que venia á perseguirlos, arrojan los libros, y en vez de ir á la escuela, resuelven presentarse alegremente al martirio. Daciano los desprecia al pronto; pero sus discursos, superiores á su edad, le llaman la atencion. Los hace azotar cruelmente, y exasperado al ver su resistencia, los manda cortar la cabeza. Sus cuerpos descansan en dos urnas en la iglesia magistral de esta ciudad!

En Córdoba, Fausto, Genaro y Marcial, sufren el martirio que habia decretado Eugenio, enviado á Córdoba para perseguir á los cristianos. Estos tres generosos confesores se presentan atrevidamente delante de él, le reprenden sus impiedades y sus crueldades; y tal fué la fuerza de sus palabras, tal la conviccion con que las pronunciaban, que el juez titubea y su alma se halla penetrada de una secreta admiracion; pero el primer movimiento pasa, la impresion se desvanece. El tirano hace atormentar á los tres con el mas grande refinamiento de barbarie, y despues hace arrójar sus cuerpos horriblemente mutilados, en una hoguera, donde espiran. No consta á punto fijo el año de su martirio.

En el tiempo en que Daciano gobernaba la España, el célebre Ossio, que ocupa un lugar tan distinguido en la historia eclesiástica del IV siglo, y fué presidente del concilio de Nicea en 325, era obispo de Córdoba. Arrestado, perseguido, confesó la fe durante esta persecucion, y vivió mas de 60 años despues.

En Avila, en esta misma persecucion de Daciano, sufre generosamente el martirio Vicente, con las dos vírgenes Sabina y Cristeta, sus hermanas.

En Sevilla Justa y Rufina, dos jóvenes del pueblo, que ejercian en el ahora barrio de Triana el oficio de alfareras, con el que proveian á su

manutencion y á la subsistencia de los pobres, rehusan el vender á los paganos lo que necesitaban para sus sacrificios, y éstos se apoderan de ellas y las conducen brutalmente á la presencia del gobernador. Justa espira sobre el caballete en medio de los mas crueles tormentos; Rufina es ahogada; y ambos cuerpos fueron consumidos por el fuego. Sevilla conserva hoy su nombre, y se ha colocado bajo el patronato de estas dos ilustres mártires!

Al mismo tiempo la vírgen Leocadia se hallaba presa en Toledo; habia resistido todos los tormentos, y aguardaba la corona merecida por su constancia y su valor. Al saber el triunfo de Eulalia y de otras santas víctimas, se pone de rodillas, levanta su corazon á Jesucristo, y espira en medio de su oracion!

Daciano habia cubierto de terror y luto la España; su crueldad habia adquirido una terrible celebridad, que un siglo mas tarde la pluma divina de Augustino pintó con los mas vivos colores; hizo el retrato de este hombre cruel, cuyos recuerdos estaban escritos con sangre; empero nada podia su furor. Los españoles de toda edad, de todo sexo, corrian presurosos á la muerte, en tales términos, que ya en el concilio de Elvira, tenido hácia el año 300, antes de los últimos edictos, pero cuando Maximiano habia ya comenzado la persecucion en las provincias, se mandó en este concilio, el mas antiguo y del que nos han quedado algunos cánones de la disciplina, que los cristianos que hubieran quebrado los ídolos y hubiesen sido muertos en el acto, no fuesen contados en el número de los mártires, con objeto de poner un freno al celo indiscreto de los que provocaban con actos hostiles á sus perseguidores.

Dos inscripciones famosas de dos monumentos levantados en España en favor de Diocleciano y de sus colegas, son dos pruebas irrecusables del furor con que se hizo la persecucion en este pais.

He aquí una de ellas: "A Diocleciano Jovio, Maximiano Herculeo, Césares Augustos, despues de haber estendido el imperio romano en Oriente y Occidente, *y abolido el nombre de los cristianos* (*nomine cristianorum deleto*)."

Dice así la otra: "A Diocleciano, César Augusto, despues de haber adoptado á Galerio en el Oriente, *y abolido por todas partes la supersticion de Cristo* (*superstitione Christe ubique deleta.*)"

Inscripciones dictadas por la vanidad de estos príncipes impíos, que inundando el mundo de sangre, contaban destruir la obra de Cristo, que iba en breve á salir triunfante de la persecucion de la fuerza brutal, para seguir en los siglos su continua carrera y salir victoriosa de los combates del error, permaneciendo siempre vencedora, porque su divino Fundador lo habia dicho al establecerla, que jamas las puertas del infierno prevalecerian contra ella!!.....

CAPITULO XIII.

Mártires de los libros santos.—Martirio de San Félix, obispo de Heraclea y sus compañeros.—Mártires de Nicomedia.—San Pantaleon.—San Cipriano el mago y santa Justina.—Diocleciano va á Roma.—Martirio de San Ginés, cómico.—Mártires en Roma.—Santa Soteris.—San Pancracio.—Santa Inés.—Su celebridad.—San Pedro y Marcelino.—San Félix y San Adaucto.—Mártires innumerables en Roma.—Inscripciones en las catacumbas que lo comprueban.—Mártires en el reino de la Italia.—San Genaro.—Mártires en Sicilia.—Martirio de Santa Lucía.—De Santa Afra.—Mártires en Panonia.—San Ireneo, obispo de Sirmio.—San Pollion, lector de Cibale.—Mártires en Mesia.—San Nicandro y San Marciano.—Santa Agape y sus compañeros.—Santa Anysia y Demetrio.—Crueldad de la persecucion.

No les bastaba á los perseguidores del cristianismo el haber demolido los templos alzados por la piedad de los fieles, y perseguir á los que en el retiro de sus casas profesaban el culto; repetidos edictos ordenan á los gobernadores de las provincias que se apoderen de los vasos sagrados, y de cuantos objetos pudiesen servir al sacrificio de los fieles; empero su saña se muestra sobre todo contra los libros sagrados que encerraban su doctrina, obligándolos con pena de muerte á entregar estos objetos, que arrojaban inmediatamente á las llamas.

Esta disposicion de los edictos hizo traidores y mártires; traidores, á los débiles que vendian el secreto de la Iglesia; y mártires á los que preferian la muerte á entregar los objetos del culto!

Felipe, obispo de Heraclea, con sus discípulos Severo y Hermes, sacerdote el uno, diácono el otro, resisten por algun tiempo el entregar los vasos sagrados y los libros de la Iglesia; préstase al fin Felipe á entregar los vasos, manifestando que el culto que rinde á Dios, no consiste en adornar las iglesias con metales preciosos, sino que el don del corazon era para él el mas bello ornamento; pero resiste entregar los libros porque de nada podian servirles.

Juez cruel, le decia el santo obispo, aunque te apoderases tú de nuestros